

VIDA Y OBRA DE JUAN DE MARIANA *

JESÚS MARTÍNEZ-FALERO

«Tú mismo te has forjado tu ventura». Cervantes

Juan de Mariana nació el 2 de abril de 1536 en Talavera de la Reina. Se supone hijo de un vicario de la iglesia, Juan Martínez de Mariana. Para formalizar el nacimiento y en lo posible ocultar el origen lo llevó Juan Salguero a un pueblo próximo, Puebla Nueva y allí se inscribió en el registro con el nombre de Juan de Mariana.

Se crió en Puebla Nueva, pero pasado un tiempo y en su relación con las gentes de Talavera, se puso de manifiesto su nacimiento en esta ciudad, de rango y estirpe toledanos, lo que influyó sin duda para elegir a Toledo como sede de su residencia.

Desde muy joven destacó por su inteligencia, que le hizo superar su origen velado y la ausencia de nobleza en su sangre. A los 17 años se trasladó a Alcalá de Henares, en aquella época, cuna de la cultura y del saber en humanidades.

Ignacio de Loyola envió a Alcalá de Henares al maestro Jerónimo Nadal y Juan de Mariana se impresiona por las doctrinas del jesuita Nadal, al que solicita ser admitido en la Compañía. Después de oír el camino arduo que tendría que seguir, la austeridad dureza y disciplina de la orden, decidió su ingreso hecho que ocurrió el 1 de enero de 1554 a sus 18 años. La fama del joven novicio llegó pronto a Ignacio de Loyola, que *«manifestó mucho agrado en ello por las virtudes y talentos que le comunicaron y ehole desde Roma su bendición...»*

En Simancas cursa dos años de noviciado, donde tuvo de profesor a Francisco de Borja. Entre maestro y alumno se establece una estrecha colaboración que después iba a dejar huella en la obra del joven jesuita, cuya formación había empezado a madurar. Los superiores consideraron que era necesario que complementara su formación en Roma, donde se trasladó para profundizar en la teología.

Pronto brilló su elocuencia y sus excepcionales dotes para la enseñanza. Durante el período de 1561 a 1569 desempeñó la cátedra de Teología en Loreto y en Sicilia y después se trasladó a París. La universidad de la Sorbona le recibió y le otorgó el grado de doctor en Teología y la cátedra para la enseñanza de esta materia.

* Conferencia pronunciada el 9 de abril de 1997.

En París en 1569, había disputas religiosas, católicos y hugonotes usaban el nombre de Cristo para sus luchas. En este medio de incertidumbre y arrebatos, explicaba Juan de Mariana sus lecciones en las aulas de la Sorbona, siempre llenas para oír a tan preclaro maestro. Las matanzas continuaban; el Sena arrastraba los cadáveres.

A un espíritu selecto como el de Juan de Mariana, de una formación intelectual profunda, rigurosa y de severa religiosidad, naturalmente le tenía que repugnar esta lucha entre cristianos.

Su salud se quebranta, su espíritu se turba al ver cómo se degradaban las calidades. Estamos en el año 1574, Mariana pide la dimisión de la cátedra de teología que durante cinco años había explicado en París, para regresar a una casa de la orden religiosa que profesaba y desde ella desarrollar todo el conocimiento y la cultura que había adquirido.

Desde Francia y pasando por Flandes, aún en aquella época tierra de España, vuelve a la patria y se instala en Toledo, sede de la que no habría de salir. Toledo era centro de España y la capital del imperio. Los Reyes Católicos, sus ministros y sus cardenales, se encargaron de engalanarlo con viviendas majestuosas que rivalizaron con las construcciones árabes, que habían hecho de la ciudad uno de los lugares más bellos de España.

Estamos en el último tercio del siglo XVI. Felipe II, con deseo centralizador, había desoído la visión imperial, que le había indicado, cómo desde Lisboa engrandecería sus estados; en Sevilla los conservaría y finalmente, desde Madrid, los vería perder.

Aún Toledo en aquella época era uno de los centros más importantes de España. Qué emoción para el talaverano Juan de Mariana ver de nuevo la ciudad «*luz y fortaleza de toda España*». Desde Toledo durante cincuenta años de su vida iba a proyectar al mundo su excelsa obra.

Contrasta en su vida el reposo físico con hábitos sedentarios, con su dinamismo intelectual que le sirve para poner en movimiento a reyes, eruditos, hombres de poder político inquisidores y religiosos de su orden.

El Padre Mariana fue un escritor audaz si tenemos en cuenta que su obra la realizó en el siglo XVI y comienzos del XVII. Sus criterios y sus opiniones valientes, le proporcionaron serios disgustos y hasta llegó a ser procesado y encarcelado como después veremos.

No queremos pecar de heterodoxos, pero forzosamente tenemos que enjuiciar a Juan de Mariana, como una figura singular dentro de la historia y de la literatura de España. Fue un gran erudito de conducta recta y moral estricta. Tenía una manera muy personal de enjuiciar los problemas que existían en la España Real de aquella época. Este talante moralizador se puede advertir en su obra *De Rege et Regis institutione*, año 1598, en la que se ocupa de los deberes del Príncipe, defendiendo la idea de que el individuo y el Estado tienen derecho a eliminar al tirano cuando lo exijan las circunstancias. Por defender esta teoría se le llegó a considerar culpable de modo indirecto de la muerte de Enrique IV de Francia. El 10 de mayo de 1610, Ravaillac había asesinado a Enrique IV. Miguel Rausel lee los escritos

que el Padre Mariana dedica a comentar el asesinato en su obra *De Rege et Regis institutione* en la que se sirve para argumentar sus teorías sobre el tiranicidio y denuncia la obra al Parlamento de París, lo que sirvió para que fuera quemada públicamente.

Desde ese momento se entabla un pleito político entre la universidad y el parlamento contra los Jesuitas ya que éstos habían conseguido, precisamente, de Enrique IV la licencia para la enseñanza. Por eso Cirot, célebre escritor francés, dijo: «*la condenación del libro no fue, en cierto modo, más que un incidente de la lucha interminable del Parlamento y la Universidad contra los Jesuitas.*» .

El Padre Mariana en la parte teórica de este tratado, pone de manifiesto la organización política dentro de las ideas de su tiempo. Expone las formas de gobierno, su preferencia por la monarquía, con exposición de manera objetiva de sus razones en contra, que hace de manera imparcial al referirse a la cuestión hereditaria de la Corona. Establece de manera categórica la diferencia rey y tirano, así como la sumisión del príncipe a las leyes y la independencia de la religión. También hace un detenido estudio de la educación del rey como jefe de estado, sus virtudes y los conocimientos de las ciencias y de las artes.

Otra interesante obra de los *Tractatus septem*, es *De spectaculis*, año 1609, en la que ataca al teatro de la época, poniendo de manifiesto, como era su norma, su criterio de indudable moral y la austeridad de su carácter, cuando escribe: «*se proponen en las comedias, al entendimiento y a los ojos, rostros que irritan; se muestran el celo y la yesca de los vicios, y con la imagen, representación y memoria de estas cosas, despiértase el apetito; y con los amores fingidos, como si fueran verdaderos, los que miran se revuelven en el torpe deleite como en un cenagal.*».

Otro aspecto que queremos matizar de la figura del Padre Mariana es su ascetismo; el concepto estoico de corte senequista que tenía de la vida y de la existencia personal que relata en su libro *De morte et immortalitate*.

Como consumado teólogo y pensador profundo nos define la vida como una preparación para la muerte y como en ella se entra de lleno en la vida verdadera. Expone la idea que durante la vida la razón debe dominar al apetito y la inteligencia guíe nuestra actuación. La riqueza y las galas mundanas, son más bien motivos de amargura que de felicidad. Todos estos aspectos son superponibles con su extremada austeridad.

Veamos unos párrafos verdaderamente aleccionadores y convincentes.

«La idea de muerte empieza por decir en este bellissimo tratado ha venido hasta nosotros envuelta en preocupaciones que nos la hacen concebir como un espectro destinado a interrumpir sin tregua los más legítimos goces de la vida. Si apelando a nuestra razón y sobreponiéndonos a los groseros errores del vulgo, la desnudamos de tan falsos atavíos, no solamente la dejaremos de temer sino que hasta la amaremos, encontrando en ella el más dulce consuelo para los amargos males que de continuo padecemos. Porque la muerte no es un genio del mal, es el genio del bien, es el ángel que viene a cerrar nuestros ojos cansados de llorar por la maldad e ingratitud del mundo.

Sólo en el sepulcro recobramos el descanso que al nacer perdimos; sólo en el sepulcro la igualdad que rompieron el capricho de la suerte o la tiranía de los que más pudieron; sólo en el sepulcro la libertad que tanto apetecemos y nunca conquistamos. ¿Qué es, por otra parte, la losa de la tumba más que la puerta de la verdadera vida? Morimos mientras vivimos; morir no es en rigor sino fin de morir; morir es romper los lazos que nos unen a la muerte...»

Como jesuita y miembro de la Compañía de Jesús, también el Padre Mariana tiene una personalidad muy característica y muy bien definida.

Para situar a nuestro personaje pensemos que vivió en el tránsito del siglo XVI al XVII. Estaba encuadrado dentro de las ideas que entonces eran usuales en la Compañía de Jesús, pero como a veces se da en el talante de los españoles, fue un hombre en el que la lógica y la consecuencia y los principios de su institución le hacen ponerse frente a ella, con actitud más bien crítica que fervorosa.

Se hizo Jesuita muy joven y enseguida adquirió sólida cultura teológica, formada en las corrientes más avanzadas de su época.

Viajó por Europa: París, Sicilia y Roma. En Flandes estudió a Arias Montano y en uno de sus primeros trabajos importantes hizo un examen exhaustivo de su biblia polígota y una defensa valiente, contra los que le acusaban de judaizante.

Cuando se instaló en Toledo de manera definitiva, se entregó de lleno al análisis de las cuestiones históricas.

Su independencia de criterio con frecuencia le llevaba a la disconformidad con los procedimientos corrientes de la compañía. En este orden, escribió un tratado crítico con el título genérico *Discurso de las cosas de la compañía*, que le enfrentó con las personalidades que dirigían la orden. Se ha discutido la autenticidad de algunas partes de este libro aunque parece que lo esencial de la obra, está fuera de toda duda que el autor es el Padre Mariana. Sus discrepancias con las costumbres de la compañía las justifica en este libro. El autor piensa, que los males que aquejan a la orden de los Jesuitas se deben a la falta de experiencia de los congregantes. Con su aguda visión, destaca los defectos que dependen de la dirección oculta y callada. Frases suyas son estas «yo gran sospecha tengo, que efectos tan malos proceden de algunos yerros secretos que se comente en el gobierno, y que esta es la razón, la raíz y la amargura que experimentamos...»

Señala de manera rotunda y crítica, la falta de justicia para dar los cargos no a los mejores, sino a «los más confidentes..» y también como en ocasiones se ha dejado sin castigo a perversos y disolutos y «en cambio se ha perseguido y dado malos tratos a hombres de bien..»

El Padre Mariana manifiesta su disconformidad en lo relativo a los noviciados y en este sentido se expresa así: «no hay duda que los de la compañía se crían para soldados, para andar por plazas, mesones y hospitales y vivir entre herejes y gentiles. Para este fin es a propósito críallos tan encerrados y retirados como cartujos, que no ven, ni los vean los de su misma religión.»

Sobre los estudios de humanidades que tenían los congregantes dice: «*no hay duda que hoy en España, se sabe menos latín que hace cincuenta años.*» Y hace responsable de ello a la dirección de la compañía encargada de estos estudios. Hoy este mal está en su apogeo; se trata de suprimir el latín en la segunda enseñanza.

También opina en lo referente a la formación teológica y señala la caótica desorganización que se debe a que ponen en el gobierno, hombres jóvenes de pocas letras, no porque tengan lo necesario sino porque son entrometidos.

Por todas estas apreciaciones que hace, de las anomalías que estima que existen en la compañía, podemos colegir, aunque sea con una óptica a cuatrocientos años de distancia, que se trata de un hombre con independencia de carácter, con visión objetiva de los problemas, sin dejarse dominar por la sumisión ni por las corrientes imperantes dentro de la compañía donde militaba. Se le llegó a considerar, quizá un poco a la ligera, como un jesuita extravagante, lo mismo que a su colega Gracián, pero lo que si es más cierto, es la realidad de su espíritu liberar y revolucionario que le hizo ser un teólogo audaz y avanzado, aún dentro de una moral justa y austera.

Ya hemos visto como sufrió reclusión en su vejez, como la compañía deautorizó su doctrina del tiranicidio, que expuso en su obra *De Rege et Regis institutione*. También cayó mal a la Corona, su sentido avanzado sobre la economía y los tributos, que con visión democrática en el sentido político actual, expuso en su obra *De mutatione monetæ*.

No cabe duda que el Padre Mariana fue un hombre de una personalidad y un relieve que no se puede discutir, con ideas renovadoras que en aquel tiempo de inmovilidad hay que considerarlas como clarividentes. En el orden moralista no se apartaba de la tradición jesuítica, y así lo puso de manifiesto en su obra *De spectaculis* ya comentada.

Además de todas las características, moralizador, hombre de estado teólogo, crítico, pedagogo, etc, facetas todas que revelan un talante de hombre excepcional, creemos que donde el padre Mariana realiza su genio es con su obra cumbre *La historia de España*, que escribió primero en latín como todas sus obras y después él mismo tradujo al castellano en 1601.

El Padre Mariana ya hemos visto que fue un grande Jesuita aunque en ocasiones detractor de algunas cosas de la orden pero fue un gran católico y un verdadero patriota y sentía de manera profunda que no se conocieran en el mundo las glorias y las hazañas de España. La historia del Padre Mariana escrita en Castellano no es una versión exacta de la primera que escribió en latín. El autor se permite licencias y libertades, adaptándose a las necesidades del idioma y suponiendo que va a tener un mayor número de lectores. Escribe dirigiéndose a su gloriosa patria y así dice con legítimo orgullo: «*La grandeza de España conservará esta obra.*»

Su espíritu de severa justicia le hizo llevar sus narraciones hasta el reinado de los Reyes Católicos y lo justifica diciendo: «*No me atreví a pasar más adelante y relatar las cosas más modernas, por no lastimar a algunos, si se decía la verdad, ni faltar al deber, si la disimulaba.*»

Desde el punto de vista de la crítica histórica hay que decir que utiliza las diversas fuentes de información: documentos, transcripciones, relatos, etc, al tiempo que admite hechos legendarios, con tal que no sean absurdos. Su principal objetivo era dar a conocer, al estilo clásico, a Españoles y extranjeros, las líneas de nuestra historia, más que realizar una labor de investigación, por eso dice: *«Mi intento no fue hacer historia, sino poner en orden y estilo lo que otros habían recogido.»*

Su prosa es muy amena, se preocupa mucho que la narración sea estética y describe los hechos con mucha belleza en los escritos; le importa el estilo y la elegancia. Tiene en cuenta las normas de Cicerón y Quintiliano, al trazar las líneas humanistas de sus relatos, en su amplio sentido general de la historia de España, que no la circunscribe sólo a Castilla sino que estudia todos los reinos de la península. Con el fin de dar variedad al estilo literario, intercala arengas en relación con las circunstancias que va a narrar a veces tomadas de otros cronistas; sintetiza con elegancia poética la historia la historia del Cid Campeador en relación con la conquista de Valencia. Otras veces imprime un movimiento dramático a los hechos bélicos. Resalta los motivos de ejemplar moralidad con el relato de la prisión y el fin trágico de Don Alvaro de Luna.

El Padre Mariana, empieza por dar universalidad al hecho, disertando sobre la inconsistencia de las cosas humanas de acuerdo con sus principios estoicos y cristianos. Diseña un retrato vivo del Condestable conado dice: *«Era de ingenio vivo y juicio agudo, de palabras concertadas y graciosas; usaba de donaires con que picaba aunque era, naturalmente, algo impedido en la habla; su astucia y disimulación grande; en atrevimiento soberbia y ambición no menores. El cuerpo lo tenía pequeño pero recio y a propósito para los trabajos de la guerra. Las facciones del rostro menudas y graciosas con cierta majestad.»*

Con prosa elegante rica en matices hace descripciones de ciudades en torno a los hechos de armas. Así relata la conquista de Sevilla por Fernando III: *«Fuerte por las murallas y gente que tiene; los edificios públicos y particulares a manera de casas reales son en gran número; la hermosura y arreo de todos los ciudadanos es muy grande.»* Hace desfilar ante los ojos del lector el poético río Guadalquivir el arrabal de Triana, la torre del oro, el alcázar, la giralda. Narra con valentía la toma de Sevilla y hace un retrato del venerable Rey santo en los últimos días de su vida, todo ello con estilo literario de gran altura que en todo momento lo revelan como un excelente escritor.

En su historia el Padre Mariana no solo cita conquistas y hechos reales, sino que también se ocupa de poner de manifiesto pensamientos de gran trascendencia social y humanitaria. En sus escritos se encuentran conceptos como estos: *«Las riquezas han de servir la bien general y no a la comodidad privada; en una sociedad donde unos rebosen de bienes, mientras otros pasan hambre, no puede haber paz. La tierra ha de desempeñar una función pública; en cada pueblo debería haber un magistrado que vigilase las tierras, premiara a los buenos cultivadores y castigara a los malos; las tierras yermas deberían ponerse en producción a expensas de los concejos. La sociedad humana descansa en la ley natural».* Estos pensamientos expuestos hace cuatrocientos años, son sin duda un adelanto de los más avanzados programas de política social y agraria; hoy se dice *«terrenos manifiestamente mejorables».*

Es posible que se discutieran algunos puntos de su historia de España por los críticos de la época en que fue escrita; puestos a realizar un análisis constructivo, podemos decir que a veces imbrica la verdad con la fábula, y la leyenda con la historia. Pero pensemos en la época en que fue escrita. Había tradiciones y leyendas, tan favorecidas por los conceptos de aquel tiempo, que era muy peligroso el tocarlos y mucho más discutirlos, dado el fervor del pueblo en la fe de sus antepasados. Es posible que hubiera sido mejor emplear un criterio histórico más riguroso para encuadrar y juzgar los hechos. No lo hizo así y esto pudiera dar pie a censuras. También podríamos opinar sobre este criterio, al juzgar a Mariana más como historiógrafo que como historiador, si consideramos la historiografía como el estudio bibliográfico y crítico de la historia, sus fuentes y sus autores, con visión amplia de los hechos, interpretación de los mismos, relacionados con el entorno de lugares y personas, frente al concepto de historia como narración de los hechos verdaderos en sentido absoluto. En cualquier caso el autor emplea un estilo literario elevado, hasta entonces no usado por los historiadores. El Padre Mariana analiza a los personajes y pone en su boca frases elocuentes, que estimamos que son el transporte de sus cualidades oratorias personales.

Pero creemos que por encima de las opiniones que pudieran ser negativas estableció un modelo de historiografía en el sentido anotado. Los historiadores modernos siempre lo citan por lo documentado de sus escritos.

Estamos en el año 1621, dos años antes de su muerte, cuando se renueva la política de Europa. Muere el Papa Paulo V y también Felipe III. Le sucede Felipe IV, rey joven, que bien pronto lo dejaría en manos de sus validos, con los que se vería la decadencia de España; se extinguía lentamente la vida del Padre Mariana. En ese declinar suave de su actividad que nunca se interrumpió sólo se ocupaba de los Sumarios.

En 1622 aparecen las homilías de Calixto II y el Rey Felipe IV lo nombra cronista oficial para reparar así el dolor que le había producido el gobierno de su padre y le concede mil ducados para que la obra histórica fuera impresa. Los ducados no llegaron a las manos de Mariana.

A pesar de su avanzada edad hacía anualmente los ejercicios de San Ignacio; continuaban en el colegio de San Eugenio confesando a pobres desvalidos y acompañaba a los chiquillos de la ciudad en la catequesis regular.

El día 16 de febrero de 1624 se extinguió tan fecunda vida cuando contaba 88 años de edad. Se enterró en el colegio de San Eugenio donde había residido la mayor parte de su vida. Por expreso deseo del jesuita, no se pondría sobre su tumba ninguna inscripción.

Pasaron más de dos siglos y en 1884, por orden del Arzobispo Juan Ignacio Moreno, se buscaron los restos y una vez identificados, se llevaron a la parroquia de San Juan Bautista donde descansan en paz.

Para terminar diremos que su vida fue un ejemplo de laboriosidad llena de humildad y sabiduría. Su obra es el exponente de su inteligencia y madurez de la España imperial. El pensamiento del padre Mariana fue como una síntesis del renacimiento español y una aurora del Barroco, movimiento cultural que se iba a iniciar.

Al Padre Mariana tenemos que considerarlo como una gloria de la literatura y de la historia, aunque se pueda aplicar a todo lo que hemos dicho el significado de un verso de Luis Rosales: «Y aún el elogio, tiene su pequeño esqueleto de calumnia».

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- BALLESTEROS, M. *Padre Juan de Mariana, pensador y político.*
- BALLESTEROS, M. *Padre Juan de Mariana, vida de un sabio.*
- GARCIA LOPEZ, J. *Historia de la literatura Española.*
- MARIANA, J. *Historia general de España.*
- RIVADENEIRA, *Prólogo a las obras del Padre Mariana.*